—¡Jalá, jalá, muchachos, venga, venga!—voceó señó Pedro á la gente, que lejos, abrazada á la palanca y concentrada en su esfuerzo, ni veía ni hubiera sospechado jamás tal escena entre padrino y ahijado.

Nuevo redoble de patadas y jadeos y un estallido de interjecciones y blasfemias acusaron un último brutal esfuerzo de los jayanes.

Y la viga bajó de firme á tiempo que el señó Pedro, lanzándose fuera de su alcance, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, acercando la cabeza á un ventanillo que caía al pie de su casa:

—¡Remedios, Remedios, baja!

Y el madero, ingente como ariete formidable, gravitaba sobre el cuerpo agonizante de Manuel... Y se oyó un gemido espantoso, oyóse crujir de huesos partidos y de músculos magullados deshechos; y saltar, chorrear, volcarse de golpe toda la sangre de un cuerpo humano.

¡Aquella justicia salvaje era el bárbaro desquite de una vida de amor y de abnegación tan mal pagados!

LA CASA Á FLOTE

I

La condesa Clara, como familiarmente llamaban mis paisanos á la ilustre de Soto-Lindes, duquesa de Albaflorida, heredera por su casa de los más ínclitos blasones andaluces y entroncada por la de su marido en la flor de la grandeza castellana, juntaba á las dos coronas de su escudo otra inmaterial y eterna que parecía esplender en torno de su cabeza rubia. Era una santa, y todos, empezando por el conde, inclinábanse respetuosamente delante de aquella virtud coronada. Por su caridad inagotable la llamaban con justicia los sevillanos *la madre de los pobres*, título que ella estimaba en más que todos los de su histórica nobleza.

En 1876 merecían por infelices la predilección de la condesa Clara, Curro, un pobre mozo de veintidós años á quien consumía la tisis, y Salud, su mujer, que se hallaba próxima á dar á luz su primer hijo. Curro era zapatero, y cuando se casó ganaba buen jornal; pero como la tos y las fiebres imponíanle continuas paradas, pronto se vió falto de recursos y obligado á re-

fugiarse con su mujer en un cuartucho bajo y humedísimo de una de las calles más hondas y sucias de Triana, que más que calle era vertedero infecto por donde bajaban al río las inmundicias del barrio.

Allí vivían; él devorado por la tuberculosis, ella próxima á la maternidad y ambos sin alimentación ni cuidado alguno, pero en medio de su miseria dichosos, porque se amaban, y casi siempre alegres, con esa lozana alegría que es pura flor de la sangre andaluza.

Una ligera enfermedad de la condesa y los furiosos temporales de aquel Noviembre incomunicaron por algunos días á protectora y protegidos; pero cuando supo la dama que el Guadalquivir crecía por momentos y que toda la parte baja de Triana se hallaba ya inundada, acordóse del desamparo de Curro y de Salud. Ella próxima á su alumbramiento—pensó,—él tísico, la casa anegada, las camas y las ropas empapadas ó arrastradas por el agua, ¿qué será de ellos, Dios mío?

Y reprochándose duramente su abandono mandó enganchar el landó, echóse sobre los hombros una capa de pieles—que harto había menester para preservarse de la glacial humedad que envolvía á Sevilla,—y sin pensar en que se hallaba convaleciente y débil, sin calcular los riesgos de la empresa á que se arrojaba, subió ágilmente al coche diciendo al lacayo que cerraba la blasonada portezuela:—A Triana.

II

Los soberbios caballos del conde, los mejores que pacieron la yerba de sus dehesas, arrancaron á trote largo, sacudiéndose gallardamente la lluvia con las encrespadas crines, cruzaron rápidamente laberintos de calles angostas y enlodadas; bajo un aguacero torrencial atravesaron el puente, desde cuya altura se veían los grandes vapores volcados quilla arriba sobre el muelle; y manchando de oro las aguas cenagosas, millares de naranjas que la inundación sorprendió amontonadas para su embalaje. El Guadalquivir venía tan bravo, que estremecía al puente sobre sus firmes estribos, y tan crecido que cegaba ya sus anchos ojos de hierro; y como de la parte de Triana se oyese de pronto confuso griterío y se viera correr hacia Sevilla numerosa turba de fugitivos astrosos y espantados, Juan, el cochero de la condesa, paró en seco los caballos y preguntó en voz alta á su señora á través del biselado vidrio: ¿Le parece á S. E. que volvamos?—Pues... ¿qué pasa?—La gente grita que va subiendo el río, y, si V. E. lo permite, creo que debemos volvernos.—¡Adelante!—ordenó la dama, que con tales noticias sintió redoblarse la inquietud por sus protegidos.

Los caballos partieron al galope excitados por la furiosa lluvia incesante; pero á la entrada de la calle de Castilla se encabritaron espantados y se plantaron en firme ante una laguna invadeable, donde chapoteaban enfangados co-

ches, hombres y bestias, que difícilmente luchaban ya contra las aguas en alarmante crecida. La condesa, asomada al vidrio, reconocía, no sin susto, el terreno, y por un instante pareció vacilar; pero como viera que la lluvia aplacaba:—Aguárdame aquí—dijo á su cochero;—y saltando ligeramente del coche, subió resuelta á los escurridizos *borriquetes*, que parecían muelles improvisados en calle veneciana. Apoyando en la pared la enguantada mano para no perder el equilibrio al andar por las cimbreantes y estrechas tablas, volvió á la derecha y tornó á volver en igual dirección tomando la inundada calleja donde vivía Curro, hasta dar, arrostrando sustos y peligros, con el destartalado portalón del *corral* en que habitaba el zapatero.

Con el borriquete de la calle empalmábase otro aún más ruin y frágil, que llegaba hasta el portón del patio, donde bruscamente se cortaba. Decidida avanzó la condesa hasta el extremo de la insegura tabla, y desde allí, agarrándose al viejo cerco de cuarterones del portón, alcanzó á ver el ancho patio y toda la casa baja convertida en verdadera alberca, y en las galerías altas amontonados los vecinos, que gritaban, lloraban ó reñían furiosamente.

De improviso hirió sus oídos una voz ronca y débil que cantaba con alegre entonación estos versos de popularísima zarzuela:

Dichoso aquel que tiene
Su casa á flote, su casa á flote...

—¡Frescura se necesita!—pensó la condesa; pero ella conocía aquella voz... volvióse hacia donde sonaba, y su asombro no tuvo límites

cuando en el donoso cantor reconoció al desventurado Curro, que en el descanso de la escalera temblaba de frío, procurando envolver con su rota chaquetilla á Salud, que tiritaba con el recién nacido en brazos.

Si la condesa hubiera pertenecido al número de los espíritus fuertes, ó de los psicólogos al uso, que por el más leve indicio externo descubren toda una conciencia y condenan sin formación de causa á cualquier prójimo que cae al alcance de su análisis, de fijo que sin aguardar á más, se marcha indignada ante semejante cinismo, y aun corrida de la sandia credulidad que la llevó á meterse en tan andantescas empresas, con riesgo de la salud y acaso de la vida, para acudir en socorro de unas bestias que se encontraban tan bien halladas en su zahurda.

Pero la condesa conocía bien á su gente andaluza, y sobre todo era tan profundamente cristiana y caritativa, que antes quería ser engañada noventa y nueve veces que abandonar á un solo menesteroso.

Así, no pensó sino en la urgencia de auxiliar á aquellos infelices, á la convaleciente Salud, al recién nacido, á Curro que temblaba de fiebre y de frío. Pero... ¿cómo llegar á ellos? ¿Cómo traerlos? La señora reconoció entonces su imprevisión en no haberse llevado consigo al lacayo; pero al ver á un gitanillo que diableaba desnudo por el agua, ofrecióle unas monedas de plata si era capaz de ir volando al río y traerse un par de marineros á quienes ofrecería pingüe propina de parte de la condesa Clara, que necesitaba al momento de sus servicios.

Alejóse el chaval braceando por la corriente, acudieron en breve al conjuro mágico dos mocetones trianeros, desnudos de los cuatro remos, y tan empapados en sudor que llevaban las blusas azules pegadas á los atléticos torsos; tanto habían trabajado en el acarreo de balsas y lanchas para transporte de víveres, y salvamento ó trasiego de gentes.

A una orden de la condesa atravesaron, agua al pecho, el extenso patio, subieron chapoteando la media escalera hasta llegar al descanso, y con gentil desenvoltura echóse el uno á cuestas á Curro, mientras el otro tomaba en los recios brazos á Salud, que alzaba en los suyos al niño. Y en aquella guisa, agua adelante los marineros y por los borriquetes la condesa, llegaron todos al punto en que había quedado el coche.

Dejaron los jayanes sus cargas, y recibida generosa propina volviéronse corriendo al tragín. Sobre los blancos almohadones de brocatel del landó ducal acomodó la señora á su lado á Salud y enfrente á Curro, y despojándose de su capa de pieles, envolvió con ella á la madre y al niño que estaba moradito de frío, mandó al lacayo que abrigase con su pelerina á Curro; y ya libre de sustos y confortada con el tibio ambiente de su coche, ordenó satisfecha: A casa.

Rodaba el landó á todo el trotar del poderoso tronco, y la condesa, que no era ciertamente una beata ñoña y lacrimosa, sino un espíritu sano, un temperamento bien equilibrado y un carácter jovial, casi infantil, tan pronto como se recobró de los sobresaltos, del frío y de la fatigosa marcha, sintió grandes ímpetus de risa

al recordar el chistoso aspecto de Curro medio desnudo en la escalera, cantando un trozo de *Marina,* mientras sus pobres muebles y sus cuatro trapos, su casa toda, *flotaba,* en efecto, sobre las desbordadas aguas.

A punto estuvo la condesa de soltar una de sus más sonoras carcajadas cuando al levantar los ojos hacia Curro, como para completar el efecto de su cómico recuerdo, vió que el pobre mozo, pálido como la cera, miraba de hito en hito el grupo conmovedor que formaban la madre y el niño, que envueltos en el rico abrigo de la señora, comenzaban á cobrar el calor y la animación de la vida; y como si toda el alma del mísero padre se derritiese en gratitud, dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por sus demacradas mejillas.

La risa de la dama se resolvió también en llanto, é inundado su espíritu en el goce inefable del bien realizado, parecióle que en aquellas lágrimas del pobre agradecido brillaba un destello de lo alto, y á la luz de aquel esplendor efusivo que parecía emanar de las almas unidas por la caridad, percibió la condesa Clara muchas cosas que no se razonan en frío, y comprendió que aquella extraña alegría de Curro en medio de tan absoluto abandono, era la estóica y viril alegría española, la misma que resonaba en el guitarrillo del soldado hambriento y expuesto á infinitos riesgos en los arenales de África, la que confortó á nuestra gente en todo peligro, la que entonaba la jota entre los escombros épicos de Zaragoza, la que cantaba hace poco amenazada de mil muertes en la manigua.

Esa alegría, salud del alma, que es nuestra levadura étnica, nuestra savia nacional tan propia como lo es de las cepas jerezanas el dorado mosto que inspira los cantares de mi tierra andaluza. Y ¡ay de España cuando nuestros *civilizadores* acaben de aguarnos el vino y la alegría!

MARINES Y GUMIELES

I

Cerca de la sierra del Pinar, uno de los brazos que la serranía de Ronda mete por la provincia de Cádiz, asiéntase, entre pedregales y trigos, la villa de Benaocaz, donde todavía dominan los árabes. El nombre del lugar, el tipo de las gentes, la raza de los caballos, la disposición de las casas, los usos, trajes, fiestas, serenatas y cantares, y sobre todo los odios y las venganzas, son allí tan morunos y africanos como antes de la Reconquista.

Buena prueba de ello el cuento que voy á referir, que en Dios y en mi ánima, tiene más de sucedido que de inventado.

Los Gumieles y Marines de Benaocaz eran dos familias rivales tan opuestas y enemigas, que junto á sus odios de raza eran flor de cantueso y puro juego de niños los odios de los *Capuletti* y *Montechi* de Verona, de los Monroyes y Manzanos de Salamanca, de los Acuñas y Sandovales de Toledo y tantos otros rencores de casta como registra la historia.

Eran los Gumieles de cepa hidalga, arraiga-

da desde luengos siglos al riñón de la Sierra, aunque sus antagonistas los daban por moriscos descendientes de los Gomeles granadinos. Procedían los Marines de la costa malagueña, y sus adversarios los diputaban redondamente por gitanos y aun les regalaban de añadidura algunas gotas de sangre judía.

El cómo empezó la enemistad y el cómo se fueron afiliando poco á poco todos los benaocaceños en el uno ó en el otro bando, hasta dividirse la villa entera en los dos opuestos y encarnizados de *gumieles* y *marines,* punto es que, por arduo y nebuloso, abandono al acierto de más feliz ó pacienzudo cronista: básteme consignar que el torrente de aquellos enconos venía de lejos y arrastraba ya mucho fango y mucha sangre.

Desde antes de *la francesada* habíase mezclado en las calles de Benaocaz la de Marines y Gumieles, y desde entonces no pasaba generación de una y de otra casa que no llorase un muerto ó un presidiario, según que se iban pagando unos á otros aquel irredimible tributo de venganza.

Pero sin llegar á la navaja ó al trabuco, sin mencionar las cruentas luchas de ambos partidos—y hubo verdaderas batallas campales,—el tiroteo, las escaramuzas y las hostilidades, más ó menos embozadas, no cesaban nunca entre ellos. Esgrimían unos contra otros el sarcasmo, la *guasa*—la provocadora guasa andaluza aliada perpetua de la navaja—y sobre todo el cantar, ese alado poema del pueblo que así puede ser flor de amores, endecha de desengaños ó lamentación religiosa, como arma arrojadiza

de punta envenenada que abre en las carnes herida enconosa y mortal.

En *las cuatro esquinas,* donde los mozos, marsellés al hombro, se juntaban—siempre en dos grupos contrapuestos—á charlar, fumando y escupiendo por el colmillo, en la fuente, en el mercado, en las fiestas, donde quiera que se reunía gente, surgían y culebreaban centellas del oculto rescoldo. Y á deshora, de uno de los opuestos grupos saltaba vibrante y encendida la copla, como chispa propagadora del fuego. La copla soez y villana de ralea que acoceaba como pezuña de bestia, la copla aguda y maliciosa que pinchaba y escocía como alfilerazo femenino la copla roja y candente como el odio de raza que escaldaba chirriando la carne viva; la copla infame y bajuna que pedía sangre como un salivazo en pleno rostro.

II

Al comenzar la acción de mi cuento, las dinastías de los Gumieles y Marines benaocacenses constaban de los respectivos matrimonios, de los cuales el de Marín tenía tres hijos, los dos mayores hembras y el menor varón, y el de Gumiel cuatro vástagos, dos de cada sexo.

Llamábanse los cónyuges Marín—que por ser primos llevaban el mismo apellido—Lucas y Juana, y sus retoños Natividad, Amparo y Andrés; y los esposos Gumiel, que también eran parientes, tenían por nombres Martín y Catalina, siendo los de sus hijos Fernando, Enrique, Isabel y Leonor, porque ya queda dicho que los

Gumieles se picaban de ahidalgados y linajudos, y aunque labriegos y tan pobres como el que más de sus convecinos, en algo habían de poner y ostentar la heredada nobleza.

Cuando más encendida ardía la guerra de Cuba, tocóle á Fernando Gumiel la suerte de soldado. Y no bien en casa de Marín se tuvo noticia de ello y de la justa pena que embargaba á los Gumieles, singularmente á Martín y Catalina, fue tal y tan grande el bárbaro júbilo que poseyó á todos los de la familia y aun á los del bando entero, que acordaron con cruel refinamiento celebrar la ajena desventura con un baile que dejara memoria en los fastos benaocacenses y que hiciera temblar de rabia á los Gumieles, que por fuerza tenían que oir y aun ver aquellas provocativas expansiones.

Porque las casas de Marines y Gumieles, situadas á una y otra esquina de una calluja que cortaba la calle principal del pueblo, estaban fronteras y soslayadas, como si se espiaran mirándose de reojo, ó como si se provocaran hurtando el cuerpo.

No se contentaron los Marines con la peligrosa cercanía, y aprovechando la benignidad de la noche, que era de las serenas de Mayo, sacaron á la calle sillas y taburetes, y allí, al aire libre y á la luz de la luna, agrupáronse todos, hicieron ruedo y comenzó el fuerte rasguear de guitarras y badurrias, el tronar de las palmas y el alto y primoroso gorjear de las gargantas más flamencas y poderosas del bando.

Nubes de polvo alzaban de la calle terriza las almidonadas faldas de las bailadoras y los duros zapatos de sus parejas, que herían á compás el suelo, marcando el ritmo de la voladora seguidilla ó del voluptuoso fandango, mientras que con varas ó regatos, con las manos ó con los pies, golpeaban furiosamente los jaleadores contra la madera ó los hierros de puertas y ventanas.

Aquello era una provocación en toda regla. Y no hay que decir cuánto y cuán justamente se enardecería ante ella la sangre, de suyo inflamable y vindicativa de los Gumieles. Apenas oyeron los preludios del bailoteo, cerraron á piedra y lodo la puerta y ventanas de la casuca, y como poco á poco fuesen acudiendo al puesto de honor los jeques y valentones del bando, pronto resonó en la casa el grito de guerra, y á punto estaban ya de caer en masa sobre sus adversarios y convertir en tragedia el agresivo holgorio, cuando llegaron, en buena hora, el alcalde—que lo era entonces el más pacífico de los Gumieles—y el bendito párroco D. Celestino Cordiales. Y mientras el primero contenía, casi á viva fuerza, los ímpetus de los ofendidos, lograba el segundo, merced á blandos ruegos, múltiples resortes y negociaciones habilísimas, la retirada de los ofensores al interior de la casa de Marín, desde donde el estrépito de la fiesta no insultara tan de frente la pena ni desafiara tan de cerca el enojo de los antagonistas. Con lo cual se paró el golpe y se conjuró, á lo menos por aquella noche, la tormenta. Pero el guante estaba arrojado, la ofensa quedaba en pie y los Gumieles aguardaban ansiosos la ocasión de vengarla con creces.

III

Presentóse ésta cuando menos se la esperaba, pero llegó en mala sazón para los Gumieles. Porque como providencial castigo á los Marines, que tan inhumanamente se gozaron en el infortunio ajeno, tocóle á Andrés la misma suerte que á Fernando, y aún fue en peores condiciones. Pertenecía el mozo á la reserva del 93; pero corridos los tres años—entonces reglamentarios—de soltería forzosa, sin que la patria le reclamase, creyóse libre, y confiando en que en último término compraría un sustituto, se casó. Cuando iba á ver colmada su dicha con el hijo que Dios le enviaba, llamaron á las armas á su reserva; y como los gastos del casamiento y los malos años habían consumido los ahorros de la familia, tuvo que cargar con el chopo y marcharse desesperado del pueblo, con el temor—pronto justificado—de que le enviasen á la guerra, donde ya estaba hacía un año Fernando Gumiel, de cuya desgracia tan malamente se holgaron él y los suyos.

Ocasión era aquella que ni mandada hacer, para que los Gumieles se tomaran el desquite; es decir, así lo creían ellos; pero hacía dos meses que no les llegaban noticias de Fernando, y como las que venían de la guerra eran tan malas, no tuvieron humor de juerga:—*Arrierito semo y en el caminito nos encontraremos*; ya, ya nos tocará la vez á nosotros,—decía en tono sentencioso el viejo Martín Gumiel, paladeando previa y fruitivamente la apetecida venganza.

IV

Dos meses tendría el niño de Andrés, nacido en su ausencia, cuando recibieron los Marines carta de Cuba, en que un sobrino del Sr. Lucas, natural de Villamartín y soldado del mismo regimiento que su primo, participábales con brutal ingenuidad: "Como Andrés había sido muerto en una acción, y como él mismo, con sus propias manos, ayudó á enterrarle en la manigua, recogiendo y guardando para los suyos las ropas y dineros del pobre difunto, que esté en gloria."

Tan formidable fue el estallido de dolor que provocó en los padres, en las hermanas y en Marta, la viuda, el súbito rayo de su desgracia, que por sus gritos y alaridos desgarradores supieron los Gumieles el trágico fin de Andrés.

¡Y aquí de la crueldad humana! En aquella gran desventura que privaba á los míseros viejos de su único hijo, á las hermanas de cariñoso amparo, á la esposa de todo bien, al inocente niño de su no conocido padre, no vieron los Gumieles otra cosa que la suspirada ocasión á su venganza. Y como poco antes recibieran noticias tranquilizadoras del ausente, libres de zozobra y sobrepujando cuantas crueldades sugirió el rencor á entrambos partidos rivales, prepararon para aquella misma noche una fiesta que alborotase al pueblo y envenenara con veneno de odio el llanto de los Marines.

V

Y no hallara tantos adictos ni tan entusiasta cooperación una buena obra. Hízose entre los del bando colecta de sillas, acopio de tortas, aguardiente, piñonates, alfajores y masa frita; y desde media tarde empezaron á emperifollarse mozas y mozos, á componerse y asearse los viejos, y la chiquillería de ambos sexos á trasegar sillas y bancos, bandejas de golosinas, salvillas de copas y jarros de lo añejo á casa de los Gumieles.

Al dar *las oraciones* ya no se cabía en ella de pie; el portal, la sala, las alcobas, la cocina y parte del *soberao*, hervían de gente alegre, emperejilada y bullanguera, que hacía temblar la endeble construcción con sus bailes, carreras y pataleos, y con sus voces, canciones, risotadas y relinchos.

Y como la algazara y baraúnda crecían por momentos y tomaban proporciones de salvaje desquite, de ofensa y provocación mortal, fácil es de colegir el efecto que en los Marines produciría. Pero tan grande era la pena del viejo Sr. Lucas, que le apagaba los fuegos, y todos sus bríos y rencores yacían anegados y como desleídos en llanto. No acontecía lo mismo á las hembras de la familia, las cuales, empezando por Juana, la madre, y por Marta, la viuda, se revolvían furiosamente contra el sangriento festejo de sus rivales. Y como Natividad y Amparo, las hermanas de Andrés, soliviantaran á sus novios con quejas y lagrimeo, alzaron éstos

banderín de enganche, y pronto, dentro y en torno de la casa de los Marines sintióse latir, zumbar y crecer sordamente la sedición, que amenazaba tomar mucho más formidables vuelos que la iniciada por los Gumieles en ocasión semejante.

Por eso, apenas concluyó el Rosario—al cual no asistieron aquella tarde sino dos viejas y el monaguillo—el bueno de D. Celestino Cordiales, corriendo cuanto permitían sus setenta y cinco años, acudió al lugar de mayor peligro, la casa de los Marines.

Cuando llegó á ella, el estruendo de la jarana de los Gumieles asordaba la calle, y Marta, la viuda, vestida de luto, desgreñada y poseída de un dolor furioso, casi epiléptico, de pie en el portal de su casa y alzando en alto al huerfanito, pedía venganza al cielo y á la tierra contra los desalmados que se gozaban en tanta desventura.

—Razón tienes que te sobra para dolerte de ello, hija mía—articuló el párroco al entrar, con sobrealiento y sofoco;—pero... vamos á ver, pobre Marta, ¿no fuisteis vosotros los primeros en insultar con regocijos la pena de los Gumieles, cuando á Fernando le tocó la suerte de soldado?

—Pero... ¿es igual el caso, Padre Celestino? ¿No es preciso tener entrañas de tigre para alegrarse de una desgracia como la nuestra? ¡Mi pobre Andrés muerto por aquellos salvajes, mi niño huérfano y sin amparo, y esos verdugos abofeteándonos la cara con su alegría! ¿Los oye usted, Padre?—gritaba Marta más exaltada, al paso que crecía el estrépito.—¡Yo no puedo, no puedo oir esto; yo voy á volverme loca!

Murmullos de aprobación, duras protestas, gritos de venganza acogían las quejas de la viuda, y entretanto el piadoso anciano la hablaba con apostólico acento.

—¡Padre, Padre, líbreme usted de ese martirio, haga usted que se callen, por la Virgen Santísima! ¡Que se callen... ó no respondo de mí!

—¡Bueno, bueno, pobrecita, yo haré lo que quieras; yo te prometo, en nombre de Dios, lograr que se aplaquen esos locos... pero concede, concédeme tú, hija mía, que vosotros fuisteis los primeros en faltar gravemente á la caridad y en provocar la justicia del Señor gozándoos en el mal del prójimo; dime que te arrepientes, que os arrepentís de ello todos, y yo te ofrezco alcanzar lo que deseas.

Y apartándose á un rincón el sacerdote y la dolorida mujer, siguieron hablando en voz muy queda y como en tono y secreto de confesión.

VI

En casa de los Gumieles había llegado la juerga al delirio, á la locura. Diríase que aquellas gentes trataban de cegar y ensordecer á fuerza de libaciones, de movimiento y de ruido; que una vez lanzados al torbellino de aquella orgía de venganza, sentían el vértigo de la caída, el horror y el asco de su inhumano júbilo, pero no osaban retroceder, por miedo al silencio y al reposo en que tan alto habla el remordimiento; diríase que adivinando cuanto estorba para el mal el albedrío, querían deshacerse de él, ahogarle en alcohol, como los que se emborrachan para cometer un crimen.

Por eso, cuando al abrirse de improviso la puerta apareció la venerable figura del P. Celestino, todos se estremecieron espantados, cada cual creyó tener delante á su propia conciencia.

—La paz de Dios sea en esta casa—dijo el sacerdote, y al sonido de aquella voz todos se quedaron mudos, sobrecogidos y como petrificados; los guitarristas con los dedos en los trastes; los cantadores boquiabiertos y con las notas en la garganta; los jaleadores con las palmas en el aire; los mirones con los brazos caídos; todos con los ojos en el suelo.

—¡Hijos míos—pronunció con evangélica unción el sacerdote,—un hermano nuestro, un hijo de este pueblo, un español, un valiente... acaba de dar su sangre por la patria! Deja unos padres viejos, una viuda desvalida, un niño á quien no conoció, sumidos en el desamparo y en la desolación. Y cuando vuestros paisanos, vuestros vecinos, vuestros hermanos lloran sin consuelo, ¿es justo, es caritativo, es humano siquiera que en una casa cristiana se insulte con fiestas provocativas la desgracia y el dolor? ¿No es esto más propio de fieras que de hombres?

Silencio profundo y solemne acogió la voz del Padre; pero de pronto osó romperlo una voz femenil, la de Catalina Gumiel, que preguntó vibrante de ira:

—Padre, y cuando á mi hijo le tocó la suerte de soldado, cuando todos llorábamos en esta casa, viéndole, con razón, camino de la gue-

rra... ¿qué hicieron los Marines? ¿Quién nos dió pie? ¿Quién ofendió primero?

—¡Eso, eso!—gritaron muchas voces, y los Gumieles comenzaron á aletear y á envalentonarse.

—Cierto es eso, hija—declaró con firmeza el Padre,—¿pero, por ventura, una culpa puede justificar otra mayor? ¿Acaso nos manda Dios devolver mal por mal y ofensa por ofensa? ¿Creéis vosotros que para ser cristianos basta con estar bautizados? No; cristiano es el que ama al prójimo como á sí mismo; el que le odia, el que se duele de su bien ó se alegra de su desgracia, ese no es cristiano, ese reniega del santo nombre de Cristo. ¡Y yo, que os eché á todos, amados míos, el agua del bautismo en las sagradas fuentes, yo...—la voz se le mojaba en lágrimas—yo no os tendré por cristianos ni por hijos en el Señor si ahora mismo todos juntos no perdonáis de corazón á los que tuvisteis por enemigos!

—¿Perdonan ellos?—preguntó, entre conmovida y desconfiada, Catalina.

—¡Sí, perdonan!—contestó solemnemente el sacerdote, y volviéndose, con el vacilante andar de su vejez, hacia la puerta, abrióla despacio y apareció en ella, destacándose sobre la calle bañada en luna, la tétrica y enlutada figura de Marta, con su niño dormido en los brazos.

—¿No es verdad, hija mía—preguntóle el cura, atrayéndola por la mano hasta obligarla á traspasar aquel umbral aborrecido,—no es verdad, mi pobre Marta, que tú y todos los tuyos perdonais de corazón á los presentes, para que Dios os perdone?

Todas las miradas se volvieron á Marta, cuya dolorida cabeza se dobló lentamente en señal de asentimiento.

—¿No es cierto, hija mía—interrogó de nuevo el paternal anciano,—que tú y todos los Marines, en cuyo nombre has venido, pedís sinceramente perdón á todos los Gumieles presentes por las ofensas que les hicisteis con aquel inoportuno festejo, que desde hoy no volverá á recordarse?

La cabeza de Marta doblóse otra vez humildemente, y aquí sus nervios contraídos, su pena represada, su orgullo quebrantado, la grandeza de su propio sacrificio, la solemnidad de aquel acto, todo determinó en ella una violenta crisis de llanto, un estallido de dolor, que despertó en su regazo al niño y conmovió hasta el fondo de las entrañas á sus propios enemigos.

Entonces el P. Celestino, señalando con la mano á la dolorida madre y á la inocente criatura, gritó á los amansados Gumieles:—¡De rodillas!—Y cuando lo estuvieron todos, cuando en el dramático silencio se oían sollozos de mujer y agitadas respiraciones varoniles, el ministro de Dios rogó piadosamente:—¡Hermanos míos, hijos míos en el Señor, un Padrenuestro por el alma del padre de ese pobrecito niño!